

Pensar Juntos

Revista Iberoamericana de Filosofía para Niños

Número 8 | Año 2024

*De cera son las alas.
La Pedagogía Atrevida de Angélica Sátiro*

Javier F. Rouco Ferreiro
CEIP Rosalía de Castro - A Coruña
Universidade da Coruña

De cera son las alas. La Pedagogía Atrevida de Angélica Sátiro

Javier F. Rouco Ferreiro

SÁTIRO, Angélica
*Pedagogía atrevida. La necesidad de una
educación creativa en un mundo cambiante*
Santillana, Madrid, 2024, 352 páginas

El pasado enero el artista chino Ai WeiWei lanzaba en Londres su último proyecto titulado “Ai vs. AI” consistente en establecer un diálogo con la Inteligencia Artificial; el punto de partida conceptual de esta propuesta tan provocativa era que las preguntas que nos hacemos tienen más significado en sí mismas que las propias respuestas: ante el hecho de que las respuestas pueden ser producidas en masa en las fábricas de conocimiento, la mejor capacidad que todavía retiene el ser humano es la de preguntar y preguntarse. Difícil panorama para la sociedad en general y la educación en particular.

Dos meses después mi colega y amiga Mar Santiago y yo tuvimos el honor de presentar en A Coruña el último libro de Angélica Sátiro editado por Santillana. Las conexiones no tardaron en llegar: una especialista de reputación internacional en Filosofía para Niños y Niñas viene de nuevo a provocarnos intelectualmente con una propuesta centrada en el atrevimiento que requiere la educación actual para estar a la altura de un mundo tan cambiante.

¿Hacer preguntas es un atrevimiento? Ni la Filosofía ni la Educación nos permiten entregarnos a la pereza ya que, desde nuestra pequeñez y finitud, comprender el mundo que nos rodea supone siempre un esfuerzo; la rutina tampoco tiene cabida ante la velocidad del avance en todas las disciplinas, ante la inmediatez de deseos y necesidades, ante las diferentes máscaras con las que nos ocultamos (no sólo) en las redes.

En este contexto el atrevimiento aparece como:

- Una cualidad propiamente humana ligada a la supervivencia, a la necesidad de afrontar problemas y dificultades.
- El último paso antes de la decisión, ese tenso espacio existente entre la potencia y el acto.
- La negación del espíritu de conservación, el aplazamiento de la duda y el abandono de la cautela.
- La afirmación del libre albedrío que nos lleva a la acción abandonando la prudencia.

La obra parte de la idea de “casa” como metáfora; efectivamente, en el hogar encontramos el consuelo de la fatiga y el hambre, el alivio de la soledad, el templo de la intimidad, el semillero de la convivencia y el refugio de la trascendencia cotidiana. La casa nos proporciona protección ante las múltiples formas contemporáneas de la desesperanza y por eso desde la óptica pedagógica esta imagen nos remite a entender la educación como un macroproceso creativo.

En cuanto a la forma, el libro está dividido en ocho partes: una introducción y siete estancias. Los núcleos temáticos se van desarrollando de la siguiente manera:

- El recibidor, primer contacto en cualquier hogar que visitemos y que, en la casa creativa, se concreta como un lugar de acogida. Aquí la autora nos induce una mirada diferente a partir de tres sinfonías que ayudan a desgranar los pilares de la acogida educativa como escucha musical.
- El salón, espacio que Angélica imagina como lleno de puertas y de oportunidades, como lugar en el que imaginar cambios y transiciones, pero también en el que enfrentarse a los retos educativos actuales: la desmotivación, la desconexión entre el aprendizaje y la vida, los prejuicios y estereotipos, la distracción, la pobreza mental, el aprendizaje bloqueado y la falta de creatividad. Y ante cada puerta... su correspondiente llave.
- La cocina, ámbito nutricio por excelencia donde alimentar el pensamiento creativo para que crezca en sensibilidad, experimentación, fluidez, flexibilidad y originalidad. El menú más saludable: aquel compuesto de las mejores preguntas.
- El dormitorio, como metáfora de la relación entre creatividad y ética, como tarea de aquellos y aquellas que conciben su vida como una obra de arte. Ámbito del descanso y del autoconocimiento, pero también morada de los sueños en la que proyectar un yo ideal.
- El comedor, germen de ciudadanía creativa. Lo que se nos sirve aquí (y el modo en que se nos sirve, con la ceremonia del té como metáfora) es alimento para la construcción en las aulas de una comunidad de diálogo, investigación y creación. Tejido social, innovación, bien común y justicia social como telón de fondo en el comedor pedagógico creativo.
- El cuarto de baño, espacio para la desintoxicación pedagógica eliminando todo aquello que frena la marcha de nuestras aulas. Bloqueos perceptivos, emocionales, cognitivos y socioculturales necesitan marcharse por los desagües mientras abrazamos el error, el azar y la improvisación como estimuladores creativos.
- El jardín, lugar que la autora reserva para la mirada pausada y la metacognición. La propuesta (ya clásica, pero siempre fresca) de la evaluación figuro-analógica nos reconcilia con una actividad tradicionalmente ligada a lo punitivo más que a las oportunidades de aprendizaje que los tropiezos nos brindan.

Este repaso a los contenidos de la obra sería suficiente para afirmar que nos encontramos ante un texto sumamente actual; pero a ello hay que sumarle un formato muy atractivo: subrayados, esquemas, propuestas para la reflexión en cada capítulo e incluso unas ilustraciones sugerentes y llenas de contenido.

El libro, pues, llama la atención: lejos de lo repetitivo, de lo común, los sentidos se avivan y predisponen al sentimiento de prodigio que supone siempre una lectura retardadora. En inglés la atención se paga, pero en España la atención se presta; y lo que se presta hay que devolverlo con intereses. Quien recibe atención tiene la responsabilidad de devolver amenidad, emoción y conocimiento; la atención prestada es un tesoro que la autora no dilapida.

En primer lugar, Sátiro nos habla desde el optimismo, recordándonos que necesitamos una educación que no quiera ponernos en fila. Su mirada crítica contribuye al avance porque no se limita a destacar las sombras sino a confiar en el poder de la comunidad educativa para ilusionarse en convertir en huertos los pantanos. Un grupo de familias y profesionales que no sean títeres enamorados de sus propias cadenas; hombres y mujeres que no creerán en lo maravilloso si lo maravilloso no nace de ellos; que no mirarán al cielo sino guiados del deseo de superarse. La confianza de Angélica en el futuro no nos lleva a descuidar los logros: hay lugar para la confianza, pero no para un optimismo que cree que el progreso será dado sin esfuerzo y reflexión.

En segundo lugar, nos interpela desde el rigor que sólo la experiencia y el estudio otorgan. Por un lado, basta repasar la bibliografía y encontramos citados tanto a clásicos de la Filosofía y la Pedagogía (Bertalanffy, Dewey, Kant, Pestalozzi, Lipman, Sartre, Arendt, Freire, etc) como a figuras actuales (Deleuze, Csikszentmihályi, Bauman, Camps, Lipovetsky, Morin, etc). Por otro, el libro está lleno también de reflexiones y propuestas provocadas por figuras decisivas del mundo del arte (Abramovic, Brossa, Chillida, Madoz, Kahlo, Woolf, Basho, Mahler, Beethoven, Dvorak, etc). Esta erudición no supone acumulación de datos: es el reflejo de una conciencia histórica que cree que el progreso no viene dado por una ley social superior, si no por las acciones conjuntas de la ciudadanía. Tener buenos referentes ayuda a no dejarse confundir por fuegos de artificio, por ocurrencias o modas y abre la posibilidad de la deliberación.

Y, en tercer lugar, nos anima a un atrevimiento que ella misma ejerce. Etimológicamente supone asignarse u otorgarse a sí mismo la capacidad de hacer algo y la autora, consciente de su valía, pero también de su finitud, decide escribir este libro en plena pandemia, cuando la vida nos recordaba abruptamente la importancia de la espera ante un futuro incierto.

El enfoque de muchos de los contenidos supone también un gran atrevimiento en sí mismo: las sinfonías como ejemplo de escucha creativa, la invitación a realizar una cartografía de nuestro paisaje interior y proyectar un yo ideal, la ceremonia del té como metáfora metodológica o la del jardín como espacio de pensamiento. Todas ellas son propuestas a las que hemos de entrar sacudiéndonos el polvo, alejándonos de las quietudes que nos arrastran a la rutina. ¿Y qué decir de la reivindicación de la intuición y el instinto como solución a una creatividad lisiada? ¿Y del reconocimiento del papel del azar en el aprendizaje creativo? Proceden de alguien que camina siempre, progresa siempre, sabiendo que es mejor un cojo en el camino que un corredor fuera de él, como nos recordaba San Agustín en su sermón 169.

La vida impregna nuestra mirada de tedio cotidiano y sólo las personas atrevidas se empeñan en promover el progreso, en propulsar la vanguardia. Son la levadura que en la descomposición húmeda y oscura hacen fermentar la masa.

Es de justicia dar la gracias a las almas que, como la de Ícaro, se abrasan de afanes creadores. Sufren el vértigo de la caída, pero no renuncian a sublimarse; no se conforman con su ser presente porque quieren llegar a lo que todavía no son. Recordando los versos del poeta barroco Juan de Tassis y Peralta:

Mas si a la pena, Amor, el gusto iguales,
con aquel nunca visto atrevimiento
que basta a acreditar lo más perdido,
derrita el sol las atrevidas alas,
que no podrá quitar el pensamiento
la gloria, con caer, de haber subido.